Grupo escolar JOAQUÍN COSTA

la escuela que sirvió de homenaje al gran maestro

Encarnita Visús
Maestra de la Escuela Costa de Zaragoza
Doctora en Historia del Arte

Cuando Joaquín Costa propuso «levantar la bandera de una Escuela Nueva»[1] como único medio capaz de superar la profunda crisis social, política y económica que padecía nuestro país, no podía intuir que años más tarde este deseo iba a materializarse precisamente en una escuela dedicada a su memoria: el Grupo Escolar Joaquín Costa de Zaragoza. Una escuela que, como veremos, surgió gracias a la iniciativa del Ayuntamiento, al empeño de la clase política e intelectual aragonesa y al cariño y la esperanza que los zaragozanos depositaron en ella.

Ya desde su origen asumió una doble función, un doble objetivo que se fue perpetuando con los años hasta construir su propia identidad: fue y sigue siendo una ofrenda, un homenaje, un monumento de agradecimiento colectivo a quien quiso salvar España «con los libros en la mano», a quien rechazó «la vieja pedagogía, imperante todavía en nuestro tiempo, [que] abre un abismo entre la escuela y la sociedad...»[2], a quien quiso dejar atrás el decadente concepto de escuela cerrada, memorística y sedentaria que contaba «con la misma organización que venía teniendo desde los días de Quintiliano»[3], y que aún sufría el lastre de postulados involucionistas heredados como el protagonizado en tiempos lejanos por Fernando VII cuando quiso erradicar de nuestra tierra «esa funesta manía de discurrir» y cerró las universidades.

Pero, al mismo tiempo, fue y continúa siendo un gran colegio, un lugar modélico de educación y aprendizaje, una institución que se gestó al abrigo de los planteamientos educativos del insigne pedagogo, que estuvo íntimamente ligada a los principios de la Institución Libre de Enseñanza, que permaneció abierta a la Escuela Nueva y demás corrientes educativas del momento, y en la que se desarrolló una pedagogía de vanguardia, contribuyendo con ello «a la transformación de su ambiente medieval [de España] en ambiente moderno mediante una radical renovación de la escuela,...»[4].

[1] Medrano Mir, María Gloria: *Costa educador. Antología comentada de las ideas educativas de Joaquín Costa.* Pirineo, Huesca, 1998, p. 119.
[2] *Ibidem*, p. 179.
[3] Costa, Joaquín: *Maestro, Escuela y Patria. (Notas pedagógicas)*, 1916, p. 174.
[4] *Ibidem*, p. 222.

Así pues, de esta conjunción monumento-escuela nació nuestro Grupo Escolar; un soberbio edificio, proyectado y dirigido por el arquitecto municipal Miguel Ángel Navarro, que no solo lleva su nombre, sino su esencia, su ideario y sus enseñanzas, que quedaron depositadas en él como una semilla perenne que prendió entre el alumnado y sus docentes, y que aún hoy, transcurridas más de ocho décadas, deja sentir su presencia y continúa acompañando a los escolares por el camino de la infancia y de la vida.

Pero ¿cómo se forjó este gran proyecto? ¿qué camino hubo que recorrer hasta hacerlo realidad?

EL LARGO RECORRIDO DE UNA GRAN OBRA

Se trata de un proceso lento que partió, como se ha visto, de dos aspiraciones diferentes y en principio separadas —monumento y escuela— que instituciones y personas lograron aunar en una sola: una escuela que como un monumento vivo se destinase a perpetuar el ideario educativo del gran maestro.

Imágenes para un lider

A raíz del fallecimiento de Costa en 1911, tanto entidades públicas como privadas, y en general, el pueblo aragonés, quisieron mostrarle un agradecimiento público y un recuerdo emocionado; un deseo que fue desgranándose en múltiples propuestas, desde manifestaciones orales y documentos escritos que trataban de profundizar y divulgar sus muchos valores, hasta producciones artísticas de índole muy variada. Entre estas, probablemente la primera tuvo lugar el mismo año de su muerte; fue el encargo de un monumento público por parte del Ayuntamiento de Barbastro al escultor José Bueno, del que, en realidad, solo se llevó a término la maqueta. La última, una escultura realizada por José Gonzalvo en 1979 que se ubica en la plazoleta zaragozana de Santa Engracia.

Entre ambas se sucedieron otras muchas. Probablemente la más representativa es su mausoleo en el cementerio zaragozano de Torrero proyectado por Manuel Bescós y Félix Lafuente en 1912 y dirigido por este último y por Dionisio Lasuén.

Como digo, las obras plásticas en homenaje a Costa fueron numerosas[5], sin embargo, ninguna de ellas parecía colmar enteramente el sueño colectivo de honrar su memoria, y los aragoneses continuaron abogando por un monumento extraordinario y sobresaliente en un afán tenaz que aún parece inacabado.

La ciudad crece

Durante las dos primeras décadas del siglo xx Zaragoza experimentó un notable incremento demográfico, pasando de 98 129 habitantes en 1900 a 141 350 en 1920, es decir,

[5] Sobre la figura de Costa en el arte ver: Hernández Latas, José Antonio: *La imagen de Joaquín Costa. 150 aniversario del nacimiento de Joaquín Costa.* Catálogo exposición. Suelves, Huesca, 1996.

un 144%, un aumento que fue fruto, inicialmente, de su renta de situación territorial respecto al resto de España, de la implantación de los riegos del Canal Imperial de Aragón y de la instalación de nuevas líneas férreas. Estos factores estimularon durante los primeros años del siglo la aparición y el desarrollo del sector secundario, un sector hasta entonces apenas representativo, que favoreció el comercio, la ampliación de capital, y propició en gran medida cambios sustanciales en la vida urbana.

Pues bien, el cúmulo de todos estos elementos llevó aparejado un auge económico y un cambio significativo en el esquema social. Por un lado, se acentuó el proceso migratorio de las gentes del campo hacia la ciudad atraídas por las expectativas de bienestar y trabajo, creándose una gran bolsa de población obrera que excedía a las posibilidades de empleo que la urbe podía ofrecer. Tal situación derivó en un alto índice de paro con frecuentes movilizaciones sindicales, fundamentalmente de signo anarquista; hubo huelgas, manifestaciones y enfrentamientos de obreros con las fuerzas de orden que sembraron la calle de inseguridad y violencia. Basta recordar que solo en el año 1923 perdieron la vida 23 personas, entre otras el cardenal Soldevilla, asesinado por un anarquista, y los cabecillas de la sublevación anarquista dirigida por Chueca.

Por otro lado, se asistió a la aparición de un agente activo en la vida aragonesa: una dinámica burguesía regional que contó con nombres como Basilio Paraíso, José Pellejero, Nicolás Escoriaza o la familia Baselga, que desde el mundo de la política, la industria, el comercio o la prensa, abanderaron el desarrollo y la renovación de la ciudad en sus múltiples facetas.

Entre ellas, la ciencia y el arte, que conformaron la que Eloy Fernández Clemente calificó como la «Edad de plata de la cultura aragonesa»[6].

[6] Estuvo representada por hombres dedicados al mundo de la ciencia, la literatura y el arte como Ramón y Cajal, Pablo Gargallo y García Condoy, Marín Bagüés y Juan José Gárate, Santiago Pelegrín y Luís Berdejo, Ramón J. Sender y Benjamín Jarnés, Pilar Bayona y Luís Aula, o Segundo de Chomón.

Zaragoza necesita escuelas

Existía, pues, una burguesía inquieta, deseosa de renovación del tejido socio-económico, y existía también la urgente necesidad de ampliar las posibilidades de trabajo de hombres y mujeres que no poseían la preparación que las empresas requerían.

Solventar este déficit, obligaba a revisar el sistema educativo y a mejorar el ciclo formativo de la población, especialmente en la escuela primaria y las escuelas técnicas.

Aunque es un hecho cierto que durante la segunda década del siglo XX Zaragoza era una ciudad privilegiada dentro del ámbito educativo español, sus necesidades reales no estaban cubiertas; el número de puestos escolares era claramente insuficiente y las condiciones materiales de las escuelas públicas eran con mucho inferiores a las que dependían de congregaciones religiosas. En 1920 la ciudad concentraba una alta cifra, casi 3000 niños y niñas sin escolarizar. Eran esas «vergüenzas ciudadanas», era el «triste espectáculo de que varios cientos de niños que vaguen por las calles porque no hay para ellos una escuela que los cobije, los prepare y los fortalezca espiritualmente para luchar con las dificultades de la vida y ser útiles a su Patria» que apuntaba el Consistorio[7].

Ante la urgencia de hallar solución a esta problemática y la seguridad de que el equilibrio social y el futuro de los ciudadanos dependían de la calidad del sistema educativo, el Ayuntamiento decidió crear un centro escolar de nueva planta entendiendo que «Es obligación ciudadana muy atendida en todos los pueblos cultos, el favorecer el fomento de la instrucción, muy en primer término el de la primaria, como base del desarrollo cultural única base donde sólidamente se asienta el bienestar económico y social de los pueblos»[8].

En cuanto a la ubicación del nuevo edificio, hay que pensar que la situación urbanística de la capital del Ebro había cambiado profundamente durante las dos primeras décadas del siglo XX. Si en sus albores la población vivía prácticamente confinada en el recinto medieval, en las zonas degradadas de San Pablo y la Magdalena, la aceleración demográfica posterior, ya apuntada, trajo consigo la modificación de la estructura y los límites de la ciudad, que avanzó de un modo caótico y sin un efectivo plan general integrador. Surgieron dos sectores bien diferenciados: Cuellar y Torrero donde fijó su residencia la población burguesa, y la población obrera que se repartió en barrios alejados y mal comunicados, como Delicias y el Arrabal. Completaban la red urbana amplias

[7] Archivo Municipal de Zaragoza. Acta de la sesión del Ayuntamiento reunido el 27-XII-1920. Sección Gobernación (Instrucción). Caja 3225.
[8] *Ibidem*.

zonas semidespobladas que años más tarde serían objeto de especulación; y fue justamente una de estas áreas la seleccionada para levantar el nuevo colegio.

Así, en el pleno municipal del 27 de diciembre de 1920 se dispone: «No existiendo ninguna Escuela de niños en el triángulo cuyos vértices son las Escuelas de Torrero, la del Castillo y la de Ramón y Cajal, ni Escuela de niñas en otro triangulo, cuyos vértices son las Escuelas de Torrero, la del Castillo y las de la Plaza de la Libertad, el Ayuntamiento acuerda crear en Zaragoza un grupo escolar en las proximidades de la Puerta del Carmen, que posea una amplitud y organización análoga a las del Grupo Gascón y Marín»[9].

Observamos que en este momento, la institución docente que se prevé construir no tiene todavía un vínculo directo con la figura de Joaquín Costa; de hecho, en estos mismos acuerdos se establece que «Si alguna entidad o particular tuviera la generosidad de regalar a Zaragoza, el edificio y material pedagógico necesario para el grupo escolar proyectado, llevaría éste el nombre del donante...»[10].

¡Qué mejor monumento a Joaquín Costa que una escuela modelo con su nombre![11]

Sin embargo, el regalo de un posible benefactor no llegó a producirse y el Consistorio resolvió materializar la iniciativa en solitario, tal y como ya había previsto en caso de que su solicitud no fuera atendida.

Por otro lado, hay que recordar que el interés ciudadano por ofrecer a Costa un merecido homenaje seguía activo y que para hacerlo posible se disponía de «una suscripción, que está paralizada y varias sociedades, entidades y organismos acordaron contribuir con cantidades diversas»[12].

Ante esta doble situación, en 1921, Antonio Mompeón Motos, concejal del Ayuntamiento zaragozano y gerente del *Heraldo de Aragón*, propuso destinar estos fondos para erigir el grupo escolar proyectado, que de esta forma pasaría a ser el soñado monumento al ilustre aragonés. Y, no pudo hallarse mejor acuerdo que bautizar esta escuela con el nombre de quien dejó escrito en su *Diario de Juventud*: «Si no puedo estudiar, no quiero vivir»[13], de quien hizo del estudio una parte primordial e irrenunciable en su vida.

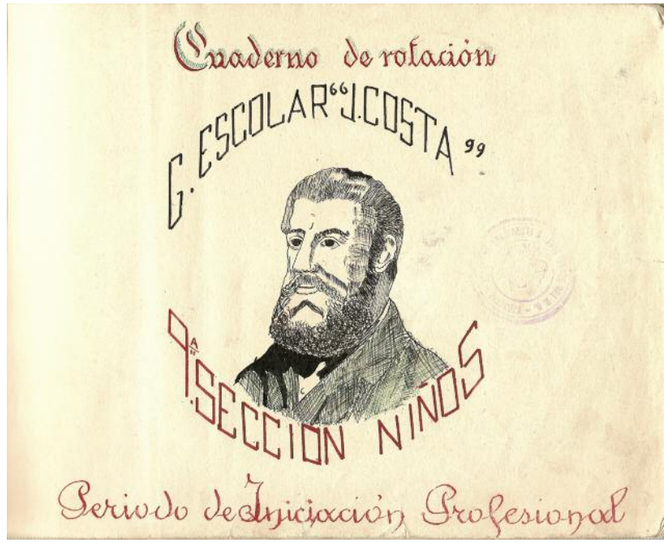
Tras aprobarse la moción, el concejo confió el diseño al arquitecto Miguel Ángel Navarro Pérez y designó una Comisión Ejecutiva[14] que fue la encargada de supervisar las obras y de gestionar los recursos.

Miguel Ángel Navarro fue un urbanista y arquitecto destacado[15], que tomó posesión como arquitecto municipal el 20 de septiembre de 1920, en sustitución de José de Yarza que había sido asesinado meses antes. Este hombre, liberal, intelectualmente inquieto y renovador, pronto se entregó a la obra con la vitalidad y la pasión que le llevaron a manifestar: «Si es, y será, lo proyectado, resultará la escuela mejor de España».

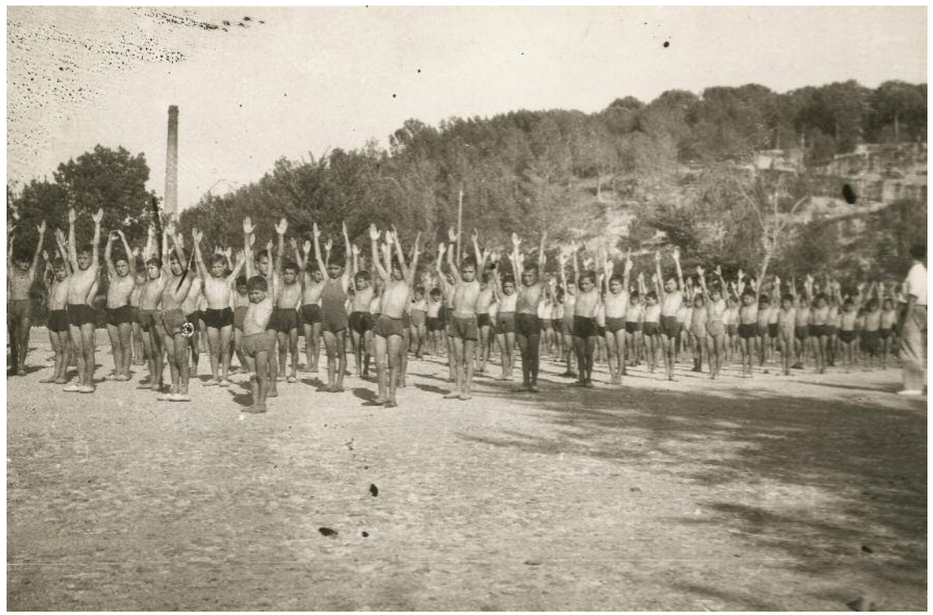
El 29 de diciembre de 1922 el Ayuntamiento aprobó el proyecto de obra y ratificó la cesión de un solar de 8000 m² en el Campo del Sepulcro (zona próxima a la Puerta del Carmen, tal y como se había previsto), tras realizar una permuta con el Ramo de Guerra a quien correspondía originariamente este solar.

Tres meses más tarde se comenzó la fábrica, que pronto se vio envuelta en una gran y entusiasta actividad. No obstante, su ejecución se dilató ostensiblemente ya que casi de continuo se vio aquejada por problemas financieros. Son algunos ejemplos: el 6 de agosto de 1922 se solicitó ayuda a los aragoneses residentes en Argentina y se ideó crear una escuela de aprendices que permitiera solicitar subvenciones al Gobierno. Ante la constante falta de liquidez, el 19 de enero de 1925 se autorizó la venta de valores. El 14 de diciembre de 1925 se pidió dinero a los centros aragoneses de América. Incluso, en una fecha ya tardía (3 de febrero de 1926), como la situación no se había reconducido, la Junta Ejecutiva planteó la doble opción de ceder el edificio al Estado o de solicitar el auxilio del Ayuntamiento.

Con todo, la construcción salió adelante, aún a pesar de que el presupuesto fijado inicialmente en 800 000 pts. ascendió a la cifra final de 1 174 970,35 pts. La aportación mayoritaria corrió a cargo de la propia entidad municipal con 1 000 000 pts. El resto tuvo procedencia muy variada: el Estado, intereses bancarios, el Ayuntamiento de Madrid y la suscripción de particulares[16].



Cuaderno de rotación. Periodo de Iniciación Profesional.



[9] *Ibidem*.
[10] *Ibidem*.
[11] A.M.Z.: Acta de la sesión del Ayuntamiento del 1-II-1921. Sección Gobernación (Instrucción). Caja: 3225.
[12] *Ibidem*.
[13] Mateos y De Caso, Oscar Ignacio: *Joaquín Costa, jurista, político y pedagogo: la pasión de una vida dedicada a la ciencia*. A.F.J.C. Huesca, 2000, p. 5.
[14] Pertenecieron a ella, además del alcalde como presidente, el rector de la Universidad (Gregorio Rocasolano), el gerente del *Heraldo de Aragón* (Antonio Mompeón), el Delegado de Primera Enseñanza, el Inspector Jefe de Enseñanza Primaria, y el arquitecto Navarro: es decir, una verdadera junta de notables por su poder y prestigio social, que fueron de suma importancia para la buena marcha del edificio y del proyecto global.
[15] Sobre la arquitectura del colegio Costa se puede consultar: Visús Pardo, Encarnación: «Miguel Ángel Navarro Pérez, un arquitecto renovador y progresista». Visús Pardo, E. y Juan Borroy, V. M. (Coords.): *Grupo escolar Joaquín Costa. 75 aniversario 1929-2004*. Gobierno de Aragón, Zaragoza, 2004, pp: 35-44.
[16] Archivo Municipal de Zaragoza. Sección Gobernación (Instrucción). Caja 3224.

Diario de la colonia urbana del Excelentísimo Ayuntamiento de Zaragoza. Verano 1950

30 de octubre 1948. Día del ahorro.

La Escuela nace y crece en el ideario de Costa

Por fin, el día 24 de noviembre de 1929 la Escuela Costa abrió sus puertas y los anhelos de la ciudad se vieron cumplidos; un nuevo espacio mágico brotaba unido a los sueños educativos de su mentor. Fue un acontecimiento amplia y hondamente celebrado, desde los niños y niñas, principales protagonistas, a los que se obsequió con una fiesta infantil, hasta el conjunto de la ciudadanía zaragozana consciente de que esta nueva escuela era el germen de una nueva sociedad, y de modo muy especial, desde la prensa zaragozana que se volcó en ella, dedicándole frecuentes referencias y artículos.

Resultó ser un edificio magnífico, de gran envergadura, de una calidad plástica insuperable y notable funcionalidad. Sin duda, satisfaría a Costa para quien «Nuestra áncora de salvación, está en la escuela implantada a todo gasto...», y esta ha de instalarse «en edificios amplios y no en locales desprovistos de toda comodidad...»[17].

En efecto, su grandiosa arquitectura (5400 m² distribuidos en tres plantas y un patio de recreo de 6500 m²), fue el modo idóneo de hacer visible el homenaje al gran maestro, a la par que de atender las necesidades de la infancia.

Sin duda, la clave que da verdadero sentido a esta espléndida casa, cuya solidez, empaque y decoración son propios de un palacio renacentista, reside en su fachada principal. Se trata del relieve que la corona, realizado por Antonio Torres Clavero. En él se representan tres grupos de niños en torno a Minerva, la diosa de la sabiduría y de las artes, y sobre ellos el escudo de Zaragoza, una iconografía que identifica la obra como un auténtico palacio dedicado a la educación y enseñanza de los niños zaragozanos.

Llaman la atención varios aspectos. Uno es la multiplicidad y capacidad de sus espacios: en las dos naves principales, de las tres que componen el edificio, disponía de amplias aulas con salas de trabajo adjuntas, zonas de aseo y talleres en sus extremos. La nave posterior albergaba la cocina, la cantina, el ropero, la sala de baños y la piscina cubierta en el piso inferior, mientras que la primera y la segunda plantas se abren en un salón-teatro con un gran patio de butacas con capacidad para más de 500 personas. Aunque no se llegó a ejecutar, el arquitecto Borobio diseñó en la azotea una zona destinada a observatorio meteorológico.

Estos recintos, hoy existentes en su mayoría, son amplios y alegres, cuentan con calefacción central distribuida por todo el edificio y comparten una buena orientación e iluminación. En definitiva, reúnen unas condiciones óptimas para aquellos años y aún para los que ahora vivimos, que hacen justicia al concepto educativo del ilustre pensador: «Es pues, de todo punto necesario dar principio a la propagación de la enseñanza, disponiendo cuanto antes locales capaces, ventilados y con las demás condiciones que requiere servicio de tal interés»[18].

Otro rasgo que lo identifica es su probada funcionalidad. Se advierte bien en la rotonda situada en la convergencia del atrio de entrada y las tres alas del edificio, a los que sirve de perfecta comunicación. Por otra parte, esta rotonda ocupa la altura total del edificio creando una superficie única que semeja un templete cubierto con una cúpula acristalada azul en degradación de color. Esto permite que a través de ella se irradie una luz homogénea que ilumina la zona de tránsito.

Pero este sentido práctico se aprecia en otras zonas de la fábrica, que cuida hasta los últimos detalles: ángulos redondeados y pasamanos interrumpidos para evitar los accidentes, escaleras anchas y cortas de cómodos peldaños, amplia cámara de aire que aísla la techumbre del piso superior, terrazas para enseñanzas al aire libre, etc.

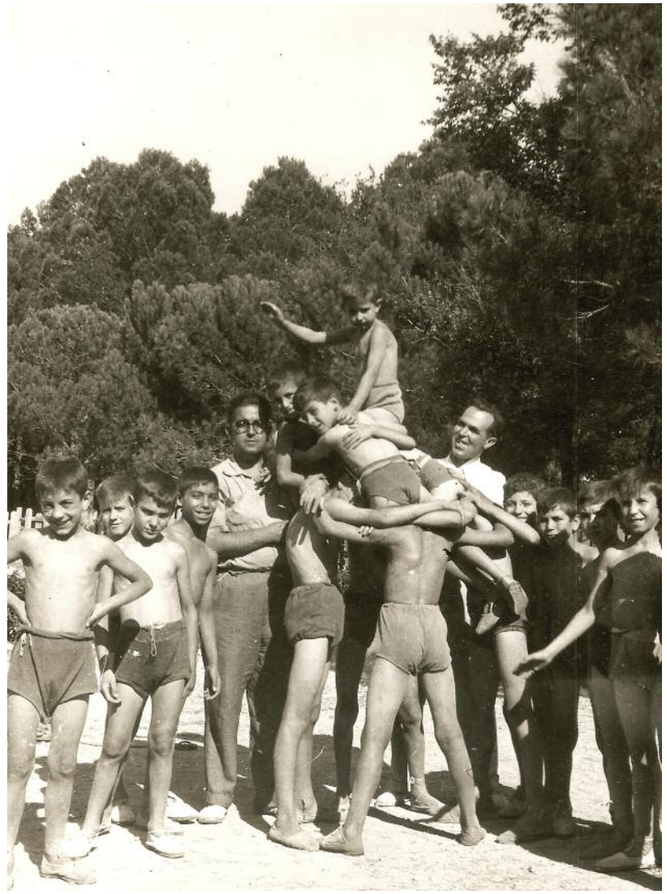
Por último, destacaría la simbología que guardan los elementos constructivos, y entre ellos el importante papel que juega la luz, que al atravesar la cúpula azulada que representa el firmamento, produce una doble intencionalidad, una simbiosis en la que se funden el saber universal que a través del sol llega hasta el interior transformada en luz del conocimiento, y el pensamiento de Costa, cuyo monumento y busto (en un proyecto que no llegó a materializarse nunca) estaba previsto situar en la base del vestíbulo, y en cuya imagen debía incidir y propagarse a su vez enriquecida, fluyendo e iluminando por igual a discípulos y maestros. De modo recíproco, la escuela se abre al exterior en una comunicación fluida, cumpliéndose así la afirmación del polígrafo aragonés «Nuestra escuela es, pues, la sociedad entera, es la naturaleza entera, en una palabra, el mundo»[19].

Refiriéndose al Grupo Escolar, Ricardo del Arco afirmó: «El edificio mejora los sueños de Costa y debería, si cabe, superar también su concepción doctrinal», y es un hecho cierto que este deseo se hizo realidad. Lo fue durante los primeros años, un tiempo guiado por el entusiasmo, el deseo de renovación y el anhelo de contribuir a la europeización de España «africanada por sus gobernantes» como diría don Joaquín. Tras el ínterin de la guerra, cuando todo hacía temer un cambio drástico en la concepción, organización y práctica educativa que acabara con los sueños costistas, el buen hacer de los docentes, orientados de manera especial por el que fue su primer director, Pedro Arnal Cavero, lograron en buena medida atemperar las irremediables carencias y fórmulas encorsetadas impuestas por el orden establecido, y mantener la ilusión y el espíritu que guió la Escuela desde su origen[20].

La concepción doctrinal de que habla del Arco estaba profundamente imbricada, por un lado con el movimiento regeneracionista, nacido a finales del siglo XIX, que defendía establecer la obligatoriedad de asistencia a la escuela primaria para todos los ciudadanos, así como elevar el nivel educativo como el primer eslabón indispensable para superar la crisis político-social y el retraso económico y cultural que España padecía. «El problema de la regeneración de España es pedagógico, tanto o más que económico o financiero»[21] advertía Costa, para quien era preciso «Renovar hasta la raíz las instituciones docentes, orientándolas conforme a los dictados de la pedagogía moderna, poniendo el alma entera en la escuela de niños y sacrificándole la mejor parte del presupuesto nacional, en la persuasión de que la redención de España está en ella o no está en ninguna parte»[22].

Por otro lado, Costa se identificó con los postulados de la Institución Libre de Enseñanza de la que formó parte, y a cuyos conceptos se anticipó en muchas ocasiones. En el ámbito educativo esta organización sostuvo la importancia del método intuitivo, del pensamiento reflexivo, la coeducación, el aprendizaje en contacto con la naturaleza y el mundo, las enseñanzas manuales o una nueva concepción del magisterio, cuestiones todas ellas que, como se verá, ejercieron un fuerte impacto en el Grupo Escolar Joaquín Costa.

Nuestro insigne pedagogo reivindicó una escuela popular, un objetivo que ya se había contemplado en el origen mismo de este edificio escolar: «La acción conmemorativa [a Joaquín Costa] debe comenzar con la fundación de una escuela popular, cuya organización sea germen fecundo de las hondas transformaciones necesarias para la educación de una raza...»[23]. Abogó por una



[17] Abizando y Broto, Manuel: «El aragonesismo de Costa». *Aragón*. Nº 5. Zaragoza, febrero, 1926, p. 74.
[18] De los «Apuntes sobre instrucción» escritos por Costa. Medrano (1998). p. 67.

[19] *Ibidem*, p. 123.
[20] Pedro Arnal Cavero fue un hombre culto y progresista que dirigió el centro durante 25 años, desde 1929 hasta 1954; pero en realidad estuvo vinculado a él desde su gestación. Utilizó la prensa y distintos foros para aportar ideas sobre su construcción, la diversificación de espacios, la organización docente, la metodología o los materiales. Puso en práctica experiencias didácticas que había conocido directamente en Francia y Alemania, en un viaje para el que fue becado en 1911; en definitiva, plasmó en el Grupo Costa su ideal educativo, a la par que supo imprimir un cierto aire liberal a la comunidad escolar.
Sobre Arnal Cavero, consultar: Juan Borroy, Víctor M.: *Pedro Arnal Cavero. Un maestro al que apenas Pedro se llamaba*. I.E.A. Barbastro, 1998.
[21] Palabras pronunciadas por Joaquín Costa en el Mitin pedagógico celebrado en Valencia en 1899. Fernández Clemente, Eloy: *Educación y revolución en Joaquín Costa*. Madrid, 1969, p. 81.
[22] Costa, J: *Los siete criterios de gobierno*. T. VII. Madrid, 1914, p. 60.
[23] Archivo Municipal de Zaragoza: Carta dirigida el 6-VIII-1922 a los aragoneses de la República Argentina solicitando ayuda para la construcción del monumento-escuela. Sección Gobernación (Instrucción). Caja 3225.

escuela igualitaria, concebida por igual para niños y niñas, en el convencimiento de que las reformas »deben entenderse igualmente por lo que toca a la educación de las mujeres, que importa no separar de la del hombre»[24]; una escuela que no marginara a la población de escasos recursos, como recalcó el director Arnal Cavero: «A la Escuela nacional deben ir los niños ricos y los niños pobres».

En efecto, en el nuevo centro convivieron alumnos de diferentes capas sociales, y para paliar las situaciones deficitarias del alumnado necesitado, y dentro de la línea asistencial difundida desde el inicio de siglo, se contó con un ropero y una cantina, «la primera verdadera cantina escolar» en palabras de Pedro Arnal, que, sin duda, colmaría las aspiraciones de la «Escuela y despensa» de don Joaquín.

El Colegio participó de la nueva escuela soñada por Costa. Se regía por una pedagogía que abordaba cambios conceptuales y metodológicos importantes. «Hace falta quebrar el molde viejo de la escuela, dilatar esos horizontes en que el alma del niño se ahoga, prestar calor y movimiento a esas fibras atrofiadas por falta de ejercicio, despertar ese entendimiento dormido, llamándolo a la vida de la idea, soltar las alas a ese pobre embrión de humanidad, rompiendo los hierros de la jaula en que se aburre y dejándolo que vuelva al seno de la Naturaleza, como hombre redimido del convencionalismo artificial que engendraron falsos conceptos de la vida»[25].

Hacerlo posible fue el empeño del Grupo Costa, y para eso fomentó una metodología activa y adecuada a los intereses infantiles, que contó con modernos materiales basados en Montessori, Froebel, etc., o con otros, como la imprenta, el laboratorio o el museo escolar, para los alumnos y alumnas más mayores. Se dio prioridad a la educación intelectual frente a la puramente memorística que nuestro pedagogo califica como el medio más eficaz para adormecer la inteligencia, matar el estímulo, y retraer del estudio a la juventud.

Se optó por favorecer una educación de carácter enciclopédico, donde el libro gozara de un papel esencial. El pensamiento de Costa «Saber leer, poder leer, querer leer y tener que leer»[26] fue uno de sus principios, y para ello se contó con una biblioteca bien dotada, que aún hoy pervive en gran medida.

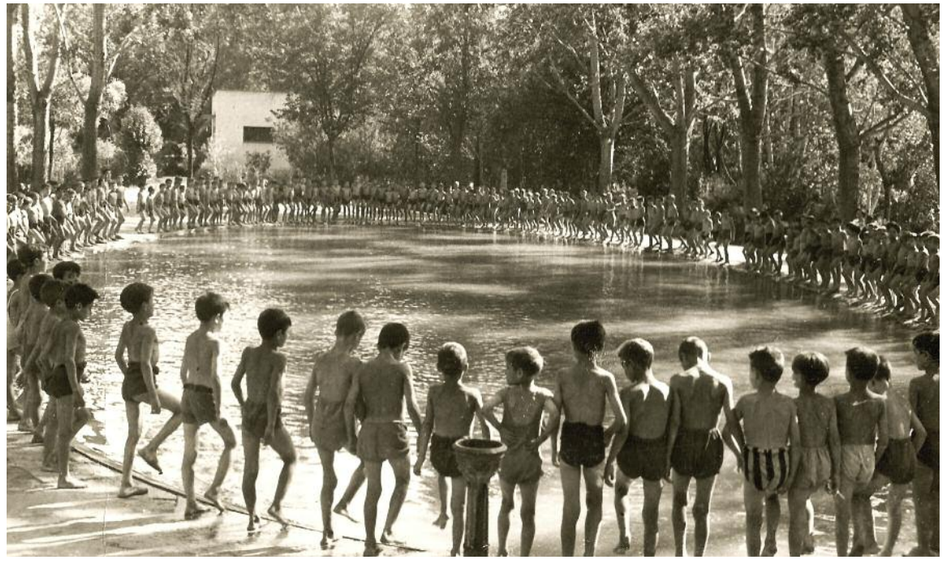
Se impulsó el método intuitivo, que «vale tanto como decir método a secas, pues no hay otro que él», escribió el maestro[27]; la Escuela se abrió al mundo, se fundió con él, participando de las cosas, del arte y de la vida, «de ese otro libro animado y viviente» que es la naturaleza, porque «La escuela no puede encerrarse entre cuatro paredes, no puede constituirse en un invernadero, donde vegeten los niños como plantas aisladas, en una semi-oscuridad misteriosa...»[28].

En este aire renovador los niños aprendieron dentro y fuera del recinto escolar: Arnal Cavero, recuerdan los exalumnos, «nos llevaba al parque Primo de Rivera y a los Pinares de Venecia, para instruirnos sobre árboles, plantas, flores y pájaros, contribuyendo con él a desparasitar bolsas de los pinos, así como a limpiar los parques y pinares»[29]. También visitaron el mausoleo de Costa en cada aniversario, recorrieron los pueblos y las regiones españolas «caminando» sobre un gran mapa construido en el patio de recreo, se ejercitaron en el pequeño huerto escolar ubicado en el patio; experimentaron con la amplia colección de aparatos que actualmente integran los fondos del museo y que aún hoy nos admiran y sorprenden, actuaron en el salón de actos o participaron de las realidades y necesidades del país, algo que se advierte, por ejemplo, en la práctica del ahorro con la que, en palabras del insigne pensador «se producirían inmensos bienes con un proceder tan sencillo»[30], una actividad, especialmente vigente durante la posguerra, que quedó reflejada con esmero en los cuadernos escolares.

Así mismo, uno de sus pilares fundamentales fue la educación integral y continua. En este sentido, el ejercicio físico tomó fuerza y se incorporó a la vida escolar cotidiana, utilizando para ello múltiples escenarios, desde el patio al aire libre, hasta la tribuna abierta, o la piscina cubierta para actividades de natación, estimulándose la participación en las colonias escolares que durante el verano organizaba el Ayuntamiento.

Otro, la formación profesional. «Los niños en los últimos años de escuela aprenderán un oficio y después continuarán en él mientras amplían sus conocimientos de mecánica, física, industria, etc. o lo dejan para seguir una carrera»[31]. Efectivamente, se organizaron talleres, facilitando así la inserción laboral del alumnado desde la etapa primaria. Carpintería, jardinería, cerámica, costura, mecanografía, puericultura o tapices fueron algunos de ellos[32]. De modo paralelo a las actividades de la etapa primaria y en esta línea de educación permanente, durante algunos años, se dieron clases preparatorias de ingreso a Bachiller y a la Escuela Normal, que aceptaron impartir sus directores.

[24] Fernández Clemente, Eloy (1969), p. 86.
[25] Costa (1916), p. 195.
[26] Medrano (1998), p. 65.
[27] Costa (1916), p. 179.
[28] *Ibidem*, pp. 176-177.
[29] García Julián, Gregorio: «Recuerdos de mi niñez en la Escuela Costa». VISÚS y JUAN (2004).
[30] Costa, Joaquín. 1916, p. 111.
[31] De su novela utópica *Siglo xxi*. Medrano (1998), p. 108.
[32] Por ejemplo, en un listado de cuentas de 1931 consta el abono de 2.500 pts. a una profesora de corte y confección, que además lo sería de las enseñanzas de remendado y zurcido de las prendas y se encargaría de los trabajos del ropero escolar. En la misma lista se anotan gratificaciones y subvenciones para los profesores de gimnasia, dibujo, encaje, confección de flores, de bordado a máquina y de música. Archivo Municipal de Zaragoza. Sección Gobernación (Instrucción). Caja 3227.



Las fotografías de este artículo pertenecen a la colonia escolar urbana organizada por el ayuntamiento de Zaragoza durante el verano de 1950

Pero, sin duda, que todos estos planteamientos llegasen a buen puerto, dependió, en buena medida, de dos factores: la valía y entrega del profesorado, de «esa noble figura de nuestro siglo, a quien está encomendado el porvenir de la civilización moderna»[33]; y la creación el 24 de diciembre de 1929 de un Patronato, compuesto por personas de gran formación y relevancia social, que aunque de corta vida, marcó las líneas básicas del futuro[34].

Su finalidad, según rezan sus estatutos, era la de fomentar la influencia de la escuela en las familias y por extensión en la sociedad, proponer prácticas o talleres que facilitaran el aprendizaje de oficios, promover reuniones, conferencias o actividades culturales que ayudaran a formar tanto al alumnado como a los padres y madres.

Una de sus competencias también fue la elección del personal docente, diseñando un concurso de méritos, estableciendo las bases de acceso al mismo y nombrando el tribunal que debía juzgarlo; un objetivo que refrenda el deseo del que fue profesor universitario, Manuel Marín Sancho, quien desde la Revista Aragón de la que era director, apuntaba: «Prurito de la ciudad ha de ser tener en ella sus mejores maestros, sus mejores procedimientos pedagógicos, su mejor material de enseñanza, para poder mostrar, después de su mejor escuela, sus mejores ciudadanos»[35].

El nombramiento de los primeros directores recayó en Pedro Arnal Cavero, Alberta Moreno y Patrocinio Ojuel que dirigían las escuelas de niños, niñas y párvulos respectivamente.

POR LA SENDA DE COSTA

Este colegio octogenario ha caminado un largo trecho, proyectando sus valores a miles de niños y cientos de enseñantes. Ha sido cómplice de enseñanzas y aprendizajes, de alegrías y temores, de proyectos y frustraciones, de juegos y de esfuerzos, de reglas y de libertades, de compañerismo y de respeto, y siempre de pequeñas y grandes historias.

Ha sido testigo de múltiples vivencias y ha estado sujeto a distintos planteamientos pedagógicos que hubieron de amoldarse a cada momento y color político. Con todo, ha llegado hasta aquí sin perder un ápice de su esencia y hoy puede presumir de poseer una comunidad educativa comprometida, de ser una escuela para todos, moderna y preparada, y de un profesorado inquieto, competente y entusiasta que ante todo tiene, parafraseando a Ramón Acín, «afición por la enseñanza».

Es la semilla de Costa, que continuará siempre en su escuela y que ésta guardará como «migas de pan muy esféricas, pulidas, luminosas, para cuando tenga que atravesar un gran bosque en la noche»[36]; y cada vez que él vuelva la mirada hacia los niños y niñas de esta casa, sentirá de nuevo que: «Sin ese ruido, la vida sería ciertamente un desierto, en el que solo sonarían las voces violentas de los hombres y se borraría el encanto que le da la inocencia a los niños»[37].

[33] Medrano (1998). p. 98.
[34] Se disolvió el 24 de marzo de 1933 por considerarlo innecesario dada la orientación de la República en materia educativa.
[35] Marín Sancho, Manuel : «In memoriam». *Aragón*. Nº 5. Zaragoza, febrero, 1926, p. 67.
[36] Comentario de Manuel Rivas a la novela de Héctor Abad *El olvido que seremos*.
[37] Medrano (1998). p. 45.